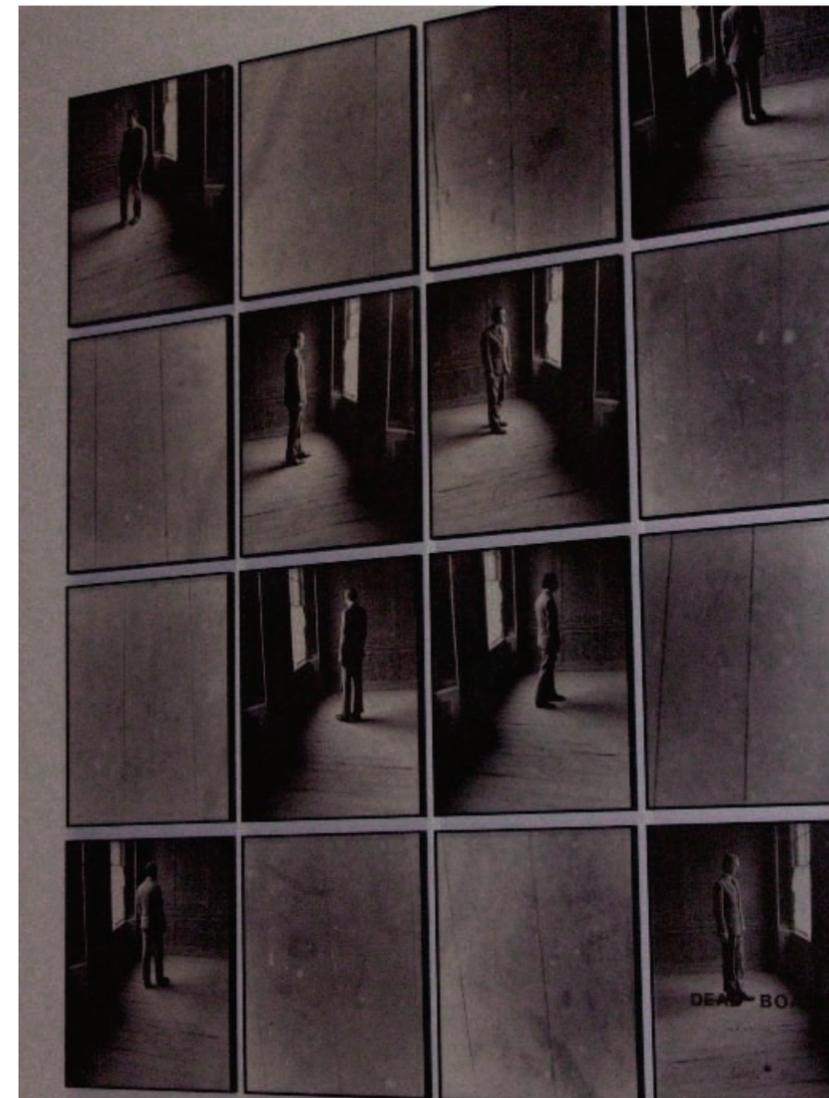




Museo de
Brooklyn

El Museo de Brooklyn es una construcción imponente, de estilo neoclásico que, como me dice María, la cajera de la cafetería ubicada en el primer piso, responde al mismo modelo del *Metropolitano* en Manhattan. Y que con su fachada y columnas falsamente antiguas, sus amplísimos espacios y sobria monumentalidad, produce el efecto de un artefacto varado en una época que no es la suya. Un decir que su colección y programa de exposiciones, esos sí muy modernos, desmienten enseguida.

Para este otoño, por ejemplo, en su último piso, el quinto, el museo ha organizado una muestra amplia del trabajo de Gilbert & George, la pareja de extravagantes artistas ingleses que, desde los años setenta cuando se conocieron (y enamoraron) desarrollan conjuntamente una obra en la que, inclinados a cuanta metamorfosis exige su impertinente narcisismo, ellos son su propio tema... Ellos y, por lo común, un asunto provocador de carácter sexual (homo) o religioso, o ambos a la vez, desarrollado a través de una iconografía en la que, sin mucho riesgo, aparecen como inicuos cristos pop crucificados, de un efectismo que no



G i l b e r t & G e o r g e

alcanza la blasfemia, apenas si mucho una sonrisa a medias.

En grandes formatos y con un colorido intenso, su juego de imágenes, en el que la fotografía y el collage, el fotoshop, son un recurso permanente, no pasa de ser eso: algo arraigado en la sensibilidad y los propósitos que crea el trabajo publicitario y que, sin ser inocente, busca definir incluso el carácter de esta época, tan trivial en tantos aspectos.

El hecho es que una vez el espectador abandona la sala, queda muy poco o nada de lo allí visto. A nadie —se atrevería uno a decir—, cambiaría la vida el arte de Gilbert & George, la pareja show de una época inclinada fatalmente al espectáculo y donde lo profano pasa sin escrúpulos por ser sagrado .

Hasta allí, para satisfacer una curiosidad alimentada por las revistas de arte y la información cultural, nos hemos acercado, después de tomar el *Subway* en la estación 103 de Park Avenue y cruzar el río por debajo.

En comparación con el *Moma*, el *Wittney* o el mismo *Metropolitano*, el Museo de Brooklyn sobresale por su ambiente casi pastoril, rodeado de jardines donde los árboles y las plantas amarillean luminosos, por el empuje del otoño y en cuyo *hall* los escolares, bajo la mirada alerta de los vigilantes, que aquí toman su papel muy en serio, juegan a tomarse fotos en poses copiadas de las imágenes de televisión o las revistas de espectáculo, sin preocuparse



de que las esculturas que les sirve de fondo sean cuatro o cinco Rodin.

Ghada Amer, leo en una pequeña vitrina donde aparecen fotos también suyas, es una artista egipcia (de la cual no tenía la menor noticia), cuyos cuadros, para llamarlos de alguna manera, se exhiben en una sala contigua a los inquietos Gilbert & George. Son lienzos inmensos que reproducen, en puntadas de hilo sueltas y discontinuas, pinturas famosas de Monet, Alberts, Chuck Close y algunos otros, y que en su superficie y apariencia esconden y resguardan, también tejidas, imágenes sexuales femeninas, que repiten y muestran con atrevimiento y sin falsificaciones momentos de la pasión erótica.

En una palabra, Ghada Amer, no pinta: teje, y con este acto no sólo reelabora y transforma en elemento artístico consustancial una labor relegada a los quehaceres domésticos de la mujer, sino que a su modo libra una



batalla por ésta. Su arte, quiere dejarlo en claro, es feminista y así ha de ser considerado. Sólo que lo hace con tal talento que va más allá de sus mismos propósitos. Por eso es imposible que pase desapercibido al visitante.

Esta unión ingeniosa, siempre presente en sus cuadros, del referente pictórico que la artista trata con soberana libertad, sin intentar siquiera reproducirlo de manera adecuada (su Alberts es desmañado), y el trance erótico y provocador descrito al fondo, con la mujer como única protagonista, el espectador no deja de percibirla como algo valioso, único, inesperado, consiguiendo así lo que, sin eludir una requisitoria ideológica, el arte también entrega: la perspectiva femenina en los trabajos de la verdad.

*

En New York, quien no hable español está en dificultades. Cuando en la cafetería del museo, fui a pagar mi menú, al no poder entender lo que la cajera me decía en inglés, recurrí al mejor medio para salir adelante allí y en cualquier circunstancia.



“Yo también”, le dije, sin disimular mi alegría de encontrar una compatriota en lugar tan inesperado.

Entonces, como si nos conociéramos de toda la vida, nos reímos y palmotiamos. Al fin alguien de casa.

María es una mujer bonita, de unos treinta y pico de años, con esa amabilidad propia de las mujeres nuestras. Hace cinco años se vino sola a USA, intentando una mejor suerte y poder así ayudar a su familia. En el museo empezó a trabajar en el *room*, haciendo el aseo, como me lo dice sin ningún complejo. Desde hace tres meses fue ascendida a la caja y está muy contenta. Es un trabajo mejor remunerado y menos esclavizante. Haciendo muchos sacrificios estudia inglés varias horas al día porque entiende que el idioma es definitivo si quiere salir adelante.

“¿Hablas español?”, le pregunté, después de que ella inesperadamente abandonara su sitio para completar según el reglamento mi *small coffe*, que en N.Y equivale, sin exagerar, a un litro. Yo lo había servido pequeño, como lo acostumbro, pero allí uno no se puede dar esos gustos: la norma es la norma. Me lo entregó sonriendo y, ante tanta amabilidad, tanteando, le hice la pregunta.

“¿Hablas español?”.

“Sí, cómo no”, me respondió.

“De dónde eres”, indagué entonces.

“De Colombia”.

“¿Cómo? ¿Qué sorpresa?”

Miré entonces su escarapela. En efecto, se llamaba María, un nombre bien familiar.



G h a d a A m e r

“¿Vienen muchos colombianos por el museo?”, continuó.

“Pocos, más bien, aunque en el verano pasado apareció una familia entera. Traían camisetas con los colores de la bandera y la palabra Colombia”. Sintió una gran alegría cuando los vio. Ella vive aquí muy sola y extraña el país, a los suyos, así que fue maravilloso saludarlos y charlar con ellos un rato.

María vive lejos, en Queens, cerca de Jackson Street. Se siente muy sola acá, tan lejos de Colombia, sin amistades. Ha renunciado a muchas cosas que le hacen falta, pero también sabe que, no obstante las dificultades, el sacrificio, ha de seguir en la lucha. Y, mientras me lo dice, sonrío con una sonrisa que la hace aún más bonita. ■

